

DISCURSO DE CONTESTACIÓN PRONUNCIADO
POR EL ACADÉMICO

DR. DOMINGO F. MAZA ZAVALA

EN EL ACTO DE INCORPORACIÓN
DEL DOCTOR LUIS MATA MOLLEJAS
A LA ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS ECONÓMICAS
EL DÍA 2 DE JUNIO DE 2009

La familia académica recibe hoy, con júbilo y esperanza, la incorporación del Dr. Luis Mata Mollejas como Individuo de Número de nuestra Corporación. Mas que protocolar, el acto que celebramos tiene un significado de relación humana, de mano tendida al nuevo compañero que va a compartir con nosotros conocimientos y experiencias, adquiridos en el trajinar por los caminos de la ciencia económica y la observación de la realidad, de cuya fuente surge la sustancia del saber. La academia no es una cofradía secreta, cerrada, ajena a las palpitaciones y padecimientos del país y del mundo; por el contrario es una ventana abierta a la luz, al sol, no sólo para asomarse a la contemplación sino para estar en el mirador de los hechos y procesos de la vida económica y social. No son únicamente viejos infolios en que se registra la historia de los siglos, sino páginas frescas en que se van recogiendo las contingencias del acontecer, para analizarlas, interpretarlas y contribuir a la superación de dificultades, a la clarificación de incertidumbres, a la voluntad de seguir adelante para acercarnos al futuro.

El nuevo académico, hombre de universidad, de investigación, de cátedra, es también un venezolano de este tiempo, comprometido con el país, militante de la verdad, consciente de que el saber científico no es puro ejercicio del intelecto, abstracción para regodeo de círculos privilegiados, sino instrumento para la acción, clave para la transformación de la realidad. El académico tiene una alta responsabilidad y sobrelleva un compromiso exigente; no es sólo un depositario de honores y reconocimientos, un

paseante sonreído de los jardines griegos, un nombre en los registros de la institución, sino una conciencia alerta para detectar torcidos cursos del movimiento académico en nuestro caso. Este compromiso es particularmente sólido en esta época del desenvolvimiento nacional, signada por la angustia, por el desconcierto, acaso por el temor; pero también por el propósito de enmienda, por la expectativa de cambio, por la afirmación de los valores fundamentales del individuo y la sociedad, que en las crisis han sido las antorchas para iluminar los senderos necesarios para alcanzar una nueva situación.

El mundo está en el umbral de una transformación trascendente. La crisis que lo agobia, que nos agobia, no es sólo económica, aunque sea fundamental, sino también ética, cultural, social, como han sido siempre las grandes coyunturas de la humanidad. Venezuela no está inmune con respecto a la crisis; esta es una economía dependiente, vulnerable, inestable, con escasas defensas reales para enfrentar el fenómeno. Pero las crisis no sólo generan penalidades y padecimientos sino también enseñanzas y oportunidades que deben ser aprovechadas para avanzar. La Academia Nacional de Ciencias Económicas tiene la oportunidad de contribuir con su orientación objetiva a la superación de la crisis, no sólo la que deriva de la que ocurre actualmente en el mundo sino también la que el país arrastra desde hace más de 20 años y la que en los últimos 10 años se presenta con particular relieve, pues se trata de una transformación forzada del sistema económico para implantar otro no bien definido, aunque previamente bautizado como socialismo del siglo XXI. El nudo crítico es de triple lazo y no tenemos a mano la espada de Alejandro para deshacerlo.

Hay que entender que la crisis de la que hablo no es únicamente económica sino también de organización so-

cial, de patrones de comportamiento, de valores individuales, sociales y humanos, de cultura en su sentido mas amplio. La confianza en el futuro, la consistencia de las expectativas, la continuidad del orden institucional, sufren un deterioro que no puede repararse con remiendos y panaceas, sino mediante una transformación profunda de los elementos y factores que constituyen el fenómeno. Sin embargo, las preocupaciones, los propósitos, las políticas, están centrados en el discurrir de la economía que se proyecta, de uno u otro modo, en todo el acontecer humano. Algunos sostienen la tesis de que se acerca el colapso del capitalismo y con éste el de la que se califica como civilización occidental. Puede observarse al respecto que el capitalismo ha mostrado históricamente una aptitud sorprendente para renovarse, para superar sus crisis, para sobrevivir en mejor situación. El capitalismo, hay que advertirlo, no es sólo un modo de producción y acumulación sino también un modo de vida, un sistema de valores, una concepción del bienestar, del progreso y de la libertad. Algunos autores, principalmente Francis Fukuyama, consideraron que con el capitalismo culmina la historia humana, como si la historia no la hicieran los seres humanos con sus grandezas y miserias, virtudes y vicios, hazañas y mezquindades y, por tanto, mientras haya humanidad habrá historia. Estimo, modestamente, que la crisis actual no es el fin del capitalismo ni de la historia; de lo que se trata es de la necesidad de una transformación del sistema para funcionar mejor en una nueva etapa. Desde luego, es un riesgo: si la transformación no se realiza como es indispensable, nuevas crisis más graves y prolongadas sobrevendrán y mucho más difícil será la continuación del sistema.

El tema del nuevo académico, el Dr. Luis Mata Molléjas, con el que se integra a la Corporación, es la fenomenología de la esquizofrenia de nuestros gobernantes,

salvo notables excepciones, y su influencia en la ejecución del mandato que o bien recibieron del pueblo en elecciones directas o lo obtuvieron por vía de hecho en las oscuras encrucijadas del acontecer público. Quizá sería exagerado calificarlo como el papel de la esquizofrenia en la historia venezolana (y se podría proyectarlo sin mucho esfuerzo a la historia mundial). Para precisar de lo que se trata me permito citar la definición que de esquizofrenia da el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, que se expresa como una enfermedad mental caracterizada por la escisión de la realidad y ruptura del contacto con el mundo exterior. En su aplicación al comportamiento de gobernantes que han padecido este desequilibrio podría caracterizarse como una falsa conciencia de la realidad que determina, entre otros factores, la ineficacia de la gestión de Gobierno, la utilización de paradigmas teóricos carentes de la apreciación de la complejidad de la dinámica social, política y económica. La complejidad es una interacción de factores que constituyen un nudo problemático. Nos internamos, entonces, en la multiplicidad del conocimiento científico y humanístico, que, sin embargo, guarda relación entre sí, dada la unidad del conocimiento. La diversidad no es la antítesis de la unicidad, sino su proyección dialéctica. Nos encontramos, en este mismo orden de ideas, con la aparente contradicción entre generalización y especialización; el científico social, ya que en su campo estamos situados, tiene que comprender el fenómeno social como determinado por multitud de causas, algunas de las cuales son efectos de otras, constituyéndose un sistema de interdependencia dinámica que, en todo caso, recibe la influencia de condicionantes exógenos, lo que los economistas denominan datos o variables independientes. En las cuestiones sociales de nuestro tiempo tiende a predominar la especialización, entendida como

profundización del conocimiento en un área determinada; pero esa profundización no emancipa al especialista de la necesidad de explorar su entorno. Si no tiene la aptitud, la disposición y la capacidad de extender su investigación más allá de las fronteras formales de su especialización, corre el riesgo de incurrir en una falsa apreciación de la realidad, al tomar la visión parcial como caracterización de la integral del proceso de que se trate.

En el pasado, en la Universidad Central, bajo la responsabilidad de un equipo interdisciplinario coordinado por el profesor Rodolfo Quintero, se procuró realizar una investigación compleja, orgánicamente consistente, al proponerse responder a la cuestión de ¿Qué es Caracas? Es decir, qué era, con motivo del cuatricentenario de la fundación de la ciudad, este conglomerado urbano, heterogéneo, singular, formado en el transcurrir del tiempo sin un orden determinado, como un aluvión humano no bien sedimentado. Cada investigador, de acuerdo con su especialidad, presentó un análisis parcial: urbanístico, demográfico, sociológico, económico, jurídico, lingüístico, administrativo, entre otros aspectos o perfiles; pero no se logró dar respuesta única, orgánica, integral, interpretativa a la cuestión expuesta. Siguió siendo entonces Caracas una desconocida, que tiene vida como un organismo, pero resistente a la visión de conjunto. Pudo llegarse a una combinación de conocimientos, pero no a una integración. Nuestra propia Universidad representa en sí misma una contradicción: la denominación indica unidad del quehacer científico y humanístico, compatible con la diversidad de campos en que los conocimientos, los saberes pueden ser aplicados con satisfactorios resultados, pero la realidad es que la Universidad es una federación de facultades y las facultades una federación de escuelas e institutos, de manera que todo funciona como un conjunto de compartimientos cerrados.

¡Cuántas veces se ha intentado en la Universidad venezolana la creación de un sistema de ingreso al mundo universitario, en base de estudios generales y básicos! El estudiante que ingresa a la Universidad se pierde en una diversidad de entidades y no logra obtener la apreciación de un conjunto orgánico que funcione de esta manera.

Pero vuelvo al tema del discurso de incorporación del nuevo académico. En nuestra accidentada y turbulenta historia política, que va para dos siglos, la influencia de las personas que acceden al poder tiende a superar la de la sociedad que debe ser la fuente de la soberanía y el objeto de la gestión pública. Habría que indagar el papel de la psicología en el desenvolvimiento histórico, particularmente en lo económico, como una contribución a la explicación de procesos y fenómenos que parecen desbordar los cauces de la lógica; pero no la psicología de los comportamientos normales, equilibrados, sino la de las deformaciones, disociaciones, desviaciones y hasta aberraciones de los dirigentes de las naciones, no sólo de los que han ejercido funciones de gobierno sino también los que han estado en posiciones adversas a ellos, porque éstos han sido responsables en buena medida de la formación de la conciencia –o de la inconciencia– en que han ocurrido las actuaciones de los gobernantes. La esquizofrenia de que trata el discurso temático del colega Mata Mollejas no se circunscribe al ámbito del poder público sino que se extiende inclusive al colectivo. La esquizofrenia de los pueblos, la disociación entre lo real y lo que la gente del común aprecia como realidad influida por la prédica de los líderes, por el mensaje de los gobernantes, por la falsificación de los hechos a la conveniencia de los actores, conforma también ese acontecer que requiere un diagnóstico a la anormalidad, el dominio de las paradojas, la sin razón presentada como razón. El economista podría

encontrarse perplejo ante situaciones que no tienen cabida en los modelos de equilibrio, la elegancia teórica de los neoclásicos, y en este caso la metodología de diagramas de Euler, como la utiliza nuestro nuevo académico, permite que el mundo invisible, sumergido, subyacente, de la complejidad se haga visible mediante el manejo competente del instrumento proporcionado por la lógica simbólica y la teoría de los conjuntos.

La psicología de los sujetos económicos tiene lugar destacado en el pensamiento económico convencional, ya que permite elevar a la categoría de patrones de comportamiento las observaciones de las conductas individuales, o la especulación como sustituta de la experiencia, como la abstracción de la figura del *homo economicus*, desprovisto de otro interés que no sea el de la optimización del beneficio personal. Las aberraciones quedan como hechos aislados, tal el caso de los compradores de bienes caros que aumentan su demanda en la medida que el precio es mayor, por motivos de prestigio. O la aparente distorsión que implica que el trabajador prefiera, una vez satisfechas sus necesidades elementales, el ocio a una remuneración extraordinaria por trabajo adicional. Pero hablamos de la psicología patológica, de psicopatología, de la esquizofrenia, de la falsa imagen de la realidad, que puede resultar del desequilibrio mental del gobernante, de sus perturbaciones existenciales o del propósito deliberado de forjamiento de situaciones para facilitar sus designios. La megalomanía, el delirio de grandeza, la obsesión por la concentración del poder también son desviaciones del patrón de normalidad, de ponderación que se exige a los dirigentes, a los responsables de la administración de la cosa pública, a quienes se entregó la confianza social para que procuren alcanzar niveles cada vez más elevados de bienestar para el común de los ciudadanos. Lo exigible,

en todo caso, es una relativa normalidad conductual. En nuestra historia pocos gobernantes fueron ejemplo de personalidad aproximadamente equilibrada, entre ellos: José María Vargas, Carlos Soublette, Juan C. Falcón, Francisco Linares Alcántara, Juan Pablo Rojas Paúl, Eleazar López Contreras, Isaías Medina Angarita, Raúl Leoni, Rafael Caldera, Ramón J. Velásquez. Confrontaron coyunturas difíciles, complejas, pero no subestimaron ni sobrestimaron las situaciones. La mención de estos nombres no implica en modo alguno un juicio de excelencia, sino el poner de relieve un rasgo de personalidad que permite salvar escollos, evitar riesgos mayores y abrir camino a una evolución pausada del país.

Las tentaciones del poder son muy fuertes y se requiere firmeza de conciencia para no caer en ellas. Mientras más se disocia el poder de la realidad más daño puede hacerse a la nación. Los acólitos, los cortesanos, los falsos consejeros del gobernante, en lugar de indicarle la conveniencia de una decisión ajustada a la cuestión que se plantea, le crean una atmósfera de artificiosa complacencia, sembrando en aquel la idea de su inhabilidad, de su sabiduría, de su genialidad. De este modo se convierte el poder en un plano suspendido sobre el país, del cual proceden como del Olimpo órdenes e instrucciones que no admiten discusión.

En nuestra historia, en la búsqueda afanosa de un modelo nacional de desarrollo, los signos característicos han sido la violencia –física, institucional, económica, psicológica– como dice Mariano Picón Salas en su obra “Los Días de Cipriano Castro” (1953, p. 51): “Violencia, azar, fantasmagoría, ¿no ha sido a largos trechos la historia política venezolana?”. Nuestro nuevo Académico distingue tres períodos en la evolución histórica: el agrario atrasado, 1830-1930; la transformación ocasionada por la ex-

plotación del petróleo (1930-75); y la estatización petrolera e irrupción del capitalismo de Estado, desde 1976 al presente. Quizá, observo, los períodos son bastante largos y es posible reconocer algunas etapas en ese acontecer. Probablemente entre la fundación de la República en razón de la separación de Venezuela de la Gran Colombia, y el cruento proceso de la guerra federal habría que destacar la alternabilidad de los gobiernos, no exenta de contingencias conocidas, así como el auge del café, cierto manejo responsable de la hacienda pública, la lucha civil por el predominio de las ideas liberales frente al cerrado conservatismo político de la oligarquía en la versión de José Gil Fortoul; la constante histórica fue, sin embargo, la estructura agraria latifundista, con régimen de esclavitud hasta 1854 Y el cerco de la usura a las propiedades, combatido nada menos que por el conservador Fermín Toro. La etapa que va de la guerra federal a la emergencia del petróleo fue de turbulencia, de violencia bajo las falsas banderas del caudillismo, con destellos en cierto modo luminosos como el de los períodos presidenciales de Antonio Guzmán Blanco, el autócrata civilizador. A pesar de su esquizofrenia, manifestada en una autoestima soberbia, tuvo rasgos de percepción de la realidad que le permitieron efectuar obras útiles para la modernización del país. La prelación de obras suntuarias sobre las exigidas para el progreso económico fue una inversión de la realidad. Otro caso diferente fue el de Cipriano Castro, quien al acceder al poder tenía un programa de reformas institucionales y de renovación de procedimientos y figuras gubernamentales y el poder bien pronto lo hizo desviarse a ejecutorias alejadas de los requerimientos de la Nación.

Uno de los aspectos de la disociación con respecto a la realidad es la toma en consideración de un único factor —o de pocos factores— en el diagnóstico de una realidad

compleja en la que actúan entre sí diferentes factores. (De paso mencionaría que en el mundo actual, de crisis económica de amplia proyecciones y raíces internadas en la trama de los hechos reales, hasta el presente sólo se ha tomado en cuenta en la estrategia para superarla el factor financiero y en segundo término la situación crítica de las grandes corporaciones automotrices). El análisis parcial que incorporó Alfredo Marshall a la metodología económica en la confluencia del pensamiento clásico y el neoclásico, puede ser útil como recurso de la formación del conocimiento, pero, como el propio Marshall advirtió, no se pueden establecer conclusiones generales acerca de una totalidad sobre la base de observaciones o hipótesis parciales. Como se sabe, no es novedosa la utilización de la psicología en el análisis económico, en lo cual fue notable la escuela neoclásica marginalista. La formulación de pretendidas leyes económicas en función del comportamiento de sujetos económicos individuales, tiene la restricción de que los sujetos pueden sufrir desviaciones o deformaciones de sus conductas bajo el efecto de contingencias o coyunturas extraordinarias, y en este caso, hay que introducir la posibilidad de elementos aleatorios en el análisis. La historia, como disciplina múltiple y comprensiva, puede destacar la actuación de los personajes excepcionales que imprimieron su pensamiento y sus actuaciones en los sucesos historiados; pero no es teóricamente lícito marginar o subestimar los factores objetivos, reales, existentes en los escenarios en que aquellos personajes actuaron. La psicopatología de los héroes, de los estadistas, de los conductores de naciones, pudiera ser un elemento importante en la explicación de sus actuaciones; pero no hay que establecer conclusiones válidas en función de un solo elemento. Estas consideraciones están inscritas en la tesis que el académico Mata Mollejas nos presenta.

La ética es otro elemento que juega un papel en el comportamiento de los actores de las políticas y de la gestión económica general; la sujeción de las actuaciones a códigos de ética, sustentados en valores individuales y sociales generalmente aceptados, puede influir en la orientación de los procesos económicos y sociales; pero no es admisible interpretar los fenómenos de esta índole solo según el patrón ético, porque es susceptible de variaciones, precisamente en el comportamiento esquizofrénico. En la génesis del capitalismo moderno, en el seno de la penumbra medieval, parece que la revisión de los valores cristianos, establecidos por los llamados padres de la Iglesia, jugó un papel notable, en lo que se conoce como la reforma paralela al renacimiento, en lo que se refiere a decisiones de acumulación, ganancia, precios, tasas de interés y otras variables significativas del capitalismo. La prédica sobre la austeridad, la sobriedad, las virtudes de la pobreza y del trabajo no desapareció en esos movimientos. Hoy en Venezuela se exalta el valor de la pobreza (sólo que para la mayoría social, porque la minoría se enriquece sin discreción), así como del trabajo con modesta remuneración, como actitudes ante la crisis, mientras los altos funcionarios del gobierno devengan jugosos sueldos y bonificaciones, secuela del festín del petróleo. La pretensión, inclusive estadística, de minimizar el alcance de la pobreza en el país, así como el descenso continuo del desempleo, aun cuando en el propio ámbito del sector público se han despedido y se siguen despidiendo cuantiosos contingentes de trabajadores, son manifestaciones de las perturbaciones esquizofrénicas.

La tesis del nuevo académico es propiamente una evaluación de la economía política de Venezuela durante los 179 años de la fundación de la República al presente. Es un esfuerzo ambicioso, un ensayo metodológico, la ex-

ploración de la posibilidad explicativa del fenómeno de la esquizofrenia en las frustraciones, la violencia y la pérdida de oportunidad que forman nuestra historia en gran parte. La aceleración de los procesos de cambio económico, combinada con una parsimoniosa variación de los referentes interpretativos, ha permitido la conformación de falacias en el ámbito teórico, lo que ha traído por consecuencia conductas autoritarias en el ámbito político, que han afectado el desenvolvimiento de la economía.

En relación con lo anterior, hay que distinguir entre autoridad, autoritarismo y autocracia.

La autoridad es una cualidad, una aptitud, un rasgo de la personalidad que es reconocido y apreciado, lo que permite al gobernante, o al dirigente de una parcialidad política, o de una institución, imponer sus decisiones sin necesidad de mostrar fuerza de cualquier índole. Autoridad es también la función delegada en una persona o grupo de personas para ejercer un mandato en nombre y por voluntad de la comunidad. Autoritarismo es la inclinación del gobernante a excederse de los límites de su mandato. Autocracia es la concentración de los poderes públicos en la persona de un gobernante, que toma decisiones a su leal saber y entender, omitiendo las atribuciones de otros poderes o sujetándolos a su voluntad. Por supuesto, el autócrata se cuida de presentar sus actuaciones bajo el ropaje de la formalidad; pero la propia formalidad –legal, constitucional– es adaptada acomodaticiamente al objetivo que el autócrata ha fijado. Si existen fronteras institucionales que, en ese empeño, no puedan ser obviadas, el autócrata –y sus servidores– no vacila en modificarlas para permitir los propósitos que se abriga. Es fácil imaginar o percatarse que el clima político, económico, social y cultural que se forma o deforma en tales circunstancias es de profunda inestabilidad, elevada incertidumbre, zozobra

y ausencia de perspectiva. Es particularmente notoria la disociación entre el objetivo que se dice perseguir por parte del autócrata y la realidad.

Es imposible negar u ocultar la grave crisis que sufre la sociedad venezolana desde hace más de 20 años, no sólo en el orden económico sino también en el institucional, político, social, ético, cultural. Esta crisis se ha hecho más profunda y adquirido nuevas características los últimos 10 años. Al despuntar el siglo XXI el país clamaba por reformas avanzadas que lo condujeran a la senda del desarrollo económico y social sostenido, dentro de un régimen democrático abierto, participativo y dinámico, en procura de una base de sustentación no dependiente de las contingencias del petróleo, que permitiera un patrón distributivo aproximado a la igualdad real, sin pobreza, sin inseguridad, sin desempleo, sin omnipotencia del Estado y con predominio del poder civil. En el presente, transcurrida casi una década signada por el conflicto, por el enfrentamiento entre el gobierno y gran parte de la ciudadanía, oscurecido el futuro, angustioso el presente, decaída la economía, fragmentada la sociedad, perdida la oportunidad que deparó la reciente y extraordinaria bonanza petrolera, uno se pregunta si alguna vez la disociación entre la imagen que se forja y trata de forjar el conductor de los destinos del país será superada por un equilibrio real entre lo que podemos y debemos construir como país y los recursos que se pueda disponer para lograrlo. El Dr. Mata Mollejas, al atravesar el umbral de la Academia, afirma que los magos son diestros en trucos de prestidigitación que crean ilusiones en el público; pero los magos solo engañan al público que logran reunir en su espectáculo, mientras que gobernantes y políticos supuestamente se engañan a sí mismos, pero no pueden engañar por largo tiempo a la sociedad.